

la guerra civil en Venezuela, una guerra, que ha desolado estos bellos países, y que ha destruido la décima parte de su población.

M. Palacio Faxar

Londres, 1º de diciembre, 1816.

EL FOLKLORE EN "LOS HECHOS DE ZACARIAS"

Por LUIS FELIPE RAMÓN Y RIVERA

Uno puede admirar que un hombre, allá en sus años mozos (¿década del 50?) y estudiando filosofía en Alemania y sobre ello escribiendo en la *Revista Nacional de Cultura*, este Guillermo Morón de rompe y porrazo venga a resultar más *folklórico* que yo. ¿Que si no fuera de estas últimas cualidades para qué iría yo a escribir sobre su reciente novela? Pero así es, o debe ser, porque en este Morón de incesante sonrisa (¿escepticismo?) el folklore venezolano se metió como río en conuco en sus 180 páginas de "Los Hechos de Zacarías". Es un gusto y regusto sabrosísimo de la enjundia criolla en mil maneras expresada, a lo que puede decirse que sólo hace par otra constante, el buen humor. Pues toda la novela rezuma incesante humor que ora se burla de escritores (Arciniegas), héroes (Santander), historiadores y generales (Gumilla, Castro, Gómez), como la agarra con lo más entrañable de la vena popular, desde vocablos, frases y conocimientos empíricos, hasta anecdotario, costumbres y narraciones que lo abarcan todo, prácticamente, de la vida popular, casi-casi no sólo de Trujillo sino de toda Venezuela.

Del folklore hay en la novela para espigar, vocablos, frases, recetario, etc., como decimos. Sin abusar de la paciencia ajena veamos:

VOCES

Marusa, machorra, echón, percusio, culiar, monifato, cácula, cuchumina, cotiza, lambucio, guarataras, contimás, piquijuyes, lapear, golingolin.

FRASES

A yo se me revuelcan como mulas mañosas
los recuerdos... (36)

...se lava las manos... con agua tibia, porque
con agua fría me da pasmo. (49)

...en los abinicios de los pueblos. (63)

Esta última frase —desconocida en otras regiones— debe ser *un latinajo* popularizado: *ab initio*, es decir, desde, o de los comienzos.

...se murió de fiebre monayera. (58)

Se refiere al paludismo, antiguo habitante de los llanos de Monay.

...a mi mama que le preste una brasa para prender el fogón. (65)

Frase de indudable vivencia campesina y también pueblerina, pues era costumbre antigua dejar por las noches el montón de brasas del hogar bien cubiertas con la ceniza, de manera de evitar tener que “prender candela” al día siguiente. Y a los muchachos, cuando fallaba esta previsión, nos mandaban con un plato de peltre donde la vecina a eso, a que nos *prestara* (en lenguaje popular, prestar equivale a regalar) unas brasas para encender nuestro fogón.

...tapón de tusa (147)

Lo que en el Sur llaman *marlo*, o sea, la base leñosa de las mazorcas del maíz, entre nosotros se dice tusa, que entre otros variados usos campesinos está el de usar un trozo de ella como tapón.

A estas frases que demuestran la honda vivencia de Morón con su pueblo, que en la novela tiene raya directa emocional entre Cuicas y Arenales, pueblecito este último de la línea fronteriza con Mérida, a estas frases, digo, deberá añadirse lo que dentro de esas vivencias y conocimientos gira en torno a la sabiduría del folklore material, que unas veces apunta a la vivencia, otra a las comidas, al atuendo, etc. Véase en las siguientes muestras:

La casa tiene dos habitaciones. La casa está techada con palma, media agua chorrea para el frente de la casa que será llamado el patio y media agua, cuando llueve claro está, que es muy continuo, se va para la parte de atrás de la casa que será llamada la culata (11).

(El caballo) amanecía ensillado y con la marusa del desayuno puesta, maíz con afrecho y panela raspada (143).

...las perdices sólo se despluman y se echan enteras, con tripas y todo, al agua hirviendo, y todo significa las patas, la cabeza y el pico, como condimento, como las hojas de orégano para darle más sabor al caldo y el onoto para que el caldo de perdiz conuquera no sean tan jipato, sino caldo colorado y oloroso, un poco de sal y ya tenemos almuerzo, mama Claudina, aunque no tengamos arepas, un jojotico de los que me robé en el conuco de Zacarías sí traje y le da muy buen gusto a la perdiz, que es como comer jojoto con jojoto, o cachapa con cachapa, o arepa con arepa, dígame usted, porque de qué viven las perdices sino de los jojotos (33).

Las arepas, como pan del pobre, trabajadas a punta de ceniza —arepa pelada— o con el pilón, muestran tema culinario sustancial que por el lado de extrema pobreza pinta Morón de mano maestra así:

Petronila sabía echar arepas de maíz pelado que es un maíz apichado para que suelte la concha y tenga el sabor propio del maíz y no sabía echar arepas de maíz pilado que se pila en un pilón de madera gruesa con las manos de pilón para quitarle la concha, que es como se acostumbra en Carora (146).

Porque la comida principal es la arepa, acompañada con caldo de caraotas para que rinda, con un poquito de sal y ají molido, el ají ayuda mucho porque quita el hambre. La yuquita, los ñames, el guaje, también ayudan, juntamente con los cambures, por todo esto lo que se dan son topochos que se le echan al caldo de res, cuando una vez al año el maestro Roso mata una vaca vieja, entonces los huesos duran un mes, rendidos con agua con sal y onoto y chirel y topochos sancochados (161).

Del recetario criollo y las creencias espigamos las siguientes muestras.

(Sortija) de casco de burro negro, que es muy buena para que el amor sea bien apretado (28).

...en el monte están las mariposas blancas, se llaman sapo, una mariposa sapo pone sus huevos en el árbol del sapo, si se cogen esos huevos de mariposa, como espuma de sapo, se asan, se machacan bien machacados hasta hacerlos polvo, se mezcla el polvo con la raíz del árbol Sube y se echa en la comida a la mujer para que no para más y a veces se muere la mujer y otras veces se queda machorra sin hijos (163).

...si es que tengo lombrices, aunque me las curo con aceite de tártago, esa vaina negra de puro espeso, un pocillo me bebo cuando siento la comezón por dentro y me quedo tres días en la casa yendo a cada ratico para la culata a la necesidad de expulsar las lombrices, como cuando era muchacho, que entonces sí las echaba, una solitaria como de cuatro varas me salió un día, yo sentí cuando comenzó a jurungar por el guar-güero con ganas de salirse por la boca y ahí fue cuando me dio miedo y me bebí dos pocillos de aceite de tártago que me dio doña Claudina, la mamá de Pedro Carrasco, que entonces no estaba ni preñada ni había conocido hombre, ni había güelido una verija de macho, pero ya sabía cómo curar las lombrices, bébete esto sin respirar, me dijo, y comenzó a salir la solitaria con la gran diarrea de tres días como una culebra que estaba enrollada en las tripas (34).

No quiero yo cazar al salvaje ni de vaina, todo el mundo dice que el salvaje es como un gran mono que no tiene rabo, las mujeres prefieren quedarse encerradas en sus casas, con doble tranca, porque a eso es a lo que el salvaje sale de la espesura, más bien por la noche bien oscura, cuando no hay luna; aunque a veces ese bicho se deja de pendejadas y espera, acurrucado en un matorral, o encaramado en un jobo, hasta que claree la mañana, que es cuando las mujeres salen de sus casas, quitan las dobles trancas de las puertas, cogen el gorrete y la tinaja y se van a buscar agua a la quebrada y al jagüey, porque el jagüey está cerca del matorral y del jobo, la mujer no se puede defender con la tinaja llena de agua y una canturria para espantar el sueño, el salvaje cae de repente por detrás y abraza a la mujer, vieja o joven, casada o soltera, y alguna ha habido que se fue con el salvaje porque le gustó (35).

De los juegos infantiles, el que se hacía con las paraparas (jaboncillas en el Táchira) como sustituto campesino de las metras, está documentado así:

El negro Rumba rumbeó su camino desde La Chapa hasta Pampán por la bajada, sombreada de paraparos, llamados también pepos por la frutica negra y redonda que producen, muy buena para jugar metras con el nombre de juego de los burritos, porque cada burrito son tres pepas negras juntas, como las topias de un fogón, y encima se monta una cuarta pepa, los muchachos de Pampán, de Cuicas y de Arenales juegan a los burritos a ver quién es más hábil tumbando la pepa ensillada en las tres topias con un tiro desde dos varas de distancia con el dedo índice como palanca. El jugador que tumba un burrito se queda con las cuatro pepas y las guarda como si fuera un tesoro, pues mientras mayor es el número de burritos de a cuatro pepas más respetado es por los demás muchachos, como ocurre con los ricos de Trujillo que mientras más burros tienen es porque son más ricos y si además guardan morocotas entonces ya son generales y hacendados que es la misma cosa (137-38).

EL HUMOR

El humor en esta novela, que como ya dijimos es, junto con el folklore, la constante más evidente, abarca muy diferentes aspectos. Del lenguaje, por ejemplo, desgarrado y áspero algunas veces, es imposible leer sin sonreír muchos párrafos de simple narración, en los que la calidad y soltura misma de esa habla escrita mueve a risa. Y están además, los aspectos de trajín sexual, a ratos levemente disimulados pero en general, fuertemente descritos, con humor, eso sí, y sin asomo de vulgaridad, lo que no es mérito menor.

La burla hacia aquellos generales y coroneles de antaño tiene aquí fugaces episodios divertidísimos, como ese a quien llama el Coronel Comemocos.

Los trujillanos en general no escapan a la vena humorística de Morón, que entre algunos atributos parece exigirles el de las paperas, ya que, según el autor, no puede nadie ser trujillano si no tiene paperas. En fin, veamos algunos párrafos que darán certeza al lector de esto que estamos afirmando.

...porque esa india María Coromoto sabe a lapa cuando se alza los fustanes y yo le entro cansado de la cacería, pero enterito con la panzada de lapa, ahíjuelapa Zacarías, te comías la lapa y te raspabas a la india María Coromoto; General Federico, maté la lapa, pero mi General no contesta y vuelvo a gritar, General Federico salga, dónde está, salga mi General, que soy yo, no es el Gobierno, fue mi escopeta laperas la que sonó, el General Federico es un hombrón, no le tiene miedo al plomo, qué vaina, yo como que no maté la lapa sino que le pegué el tiro a mi General, ahora sí me jodí, me tengo que huir otra vez porque lo que es este muerto me lo cobran bien cobrado en Trujillo, mi General no se muera, yo le tiré a la lapa, y al ratico escuché el gruñido, el General Federico se amarraba los calzones porque lo que estaba era cagando detrás de un mogote (41).

El zaguán de la fragua tiene cuatro puerlicas a la derecha y cuatro puerlicas a la izquierda, porque la fragua está en el corredor que da para el patio. Las puerlicas son de los cuarticos que Walterio Gil les alquila a las cuatro putas del pueblo, eso sí, de noche, de día las puerlicas están cerradas; de noche las puerlicas se abren, cuando vienen los galleros de los otros pueblos, cuando en Arenales se paran los arrees de burros,

cuando llega San Benito de romería, cuando el cura de Cuicas viene a recoger unos cobritos por la misa y por los bautismos y por los casorios, entonces las cuatro putas de Arenales le alquilan las ocho puerticas al gigante Walterio Gil, porque hacen turno los galleros, los arrieros, los sambeniteros y el cura, pueden esperar cuatro en los cuarticos de la derecha, mientras cuatro hacen su trabajo de culiar en los cuarticos de la izquierda.

Walterio Gil, el herrero, se come doce arepas tumbabudares con doce botellas de leche, cada arepa le cuesta un cobre y cada botella de leche recién ordeñada de las vacas de Don Abdón Trompetera El Viejo le cuesta una locha, por eso tiene que alquilar las puerticas de la fragua, a real y medio la tirada para los galleros, a real para los arrieros, a medio para los hombres de Arenales, incluidos los muchachos de catorce años para arriba, y una tarifa especial para el cura, para Don Abdón, para el boticario y para el único hacendado que es Don Wenceslao que viene expresamente desde su hacienda de café en Curuviche; ésos tienen que pagar un bolívar porque son ricos y saben leer y usan botas con polainas de montar a caballo (49).

En la cárcel de Trujillo están godos y liberales juntos, guerreros con la fortuna provisionalmente caída, en las celdas de los presos comunes están los campesinos robagallinas y los peones alzados, revueltos a veces todos los presos. Zacarías apaleado, guerrilleros y políticos, borrachos y salteadores y está también el Coronel Comemocos.

Por eso hablaron los caudillos presos de las genealogías trujillanas. El Coronel Comemocos podría haber sido un guerrero o un doctor y quién sabe si hasta las dos cosas. Pero ya en la escuela, a pesar de sus dos apellidos uno viejo y otro más bien nuevo, comenzó a manifestar sus carencias. Primero no le apuntaban las paperas, y quién ha visto a un trujillano de verdad sin paperas. Los paperudos de Trujillo son muy buenos guerreros y muy buenos políticos, gritó El Libertador en Bogotá cuando se dio cuenta de que los bogotanos eran muy malos guerreros pero excelentes intrigantes, mándenme un ejército de paperudos trujillanos y a Don Cristóbal Mendoza para que ponga orden y moral en este zape-roco. Las paperas y las bolas son las famosas características y aperos físicos y morales de los Araujo, de los González, de los Carrillo Guerra, de los Briceño y de todos ellos los trujillanos. Zacarías no tiene paperas, señal muy clara de que no es trujillano de la ciudad, sino del campo, de cualquier campo a donde hubiera llegado la furia silenciosa de aquel machete lívido. Tampoco tiene paperas el Coronel Comemocos, pero eso es por equivocación de la naturaleza, tampoco tiene bolas el Coronel Comemocos, que no es Coronel, anda por ahí con un revólver sin balas y sin gatillo, yo soy bolivariano, yo soy el único bolivariano, grita en la plaza Bolívar, en las calles y en la cárcel, en la cárcel se metió él solo, cada vez que escucha un tiro corre a la cárcel con su revólver de embuste, aquí está Simón Bolívar para defender esta posición, se le salen los mocos y se los come, el policía de guardia le da un peinillazo de asco y lo tira al fondo del calabozo, a comer mocos enredados en la barbita podrida y a hacerse la paja sin esperma, no tiene ni paperas ni bolas, en la cárcel tuvo su prostíbulo cuando era joven y nalgudo, los borrachos le hacían el favor que no le hicieron sus compañeros de colegio ni menos los soldados peones, en Trujillo sólo hay machos paperudos y boludos, apenas salió dañado desde chiquito el Coronel Comemocos, su verdadera mamá donde vivía era en El Callejón de la Sarna, donde están las putas de Valera que es donde hay putas importadas del Zulia y una que otra

sirvienta dejada por su hombre y también, a veces, una rezagada de la guerra, pero no las troperas, las troperas no son putas sino unos mujeronos (95-96).

ELOGIO DEL MAÍZ

Del árbol del pan, de sus frutos conocemos el sabor, pero Morón nos informa del otro árbol, sustituto en casos de extrema necesidad, del maíz de las arepas, y de ese árbol se hace un alimento que llaman *charas*. Pero del maíz verdadero, el sustento del pobre en toda su vida, a ese fruto americano maravilloso le dedica Morón muy dulces párrafos. Recuerda el lector con su lectura a Asturias, a Cardoza y Aragón, pregoneros también de las bondades del fruto incomparable. Viene de nuevo la imagen de la arepa, nuestra "tortilla", que en Táchira es delgada y del tamaño de un plato, en Carora más fina aún, pero blanca, y en el resto del país chica y redondita.

Disfrútense estos párrafos con los que dejamos esbozado nuestro pensamiento de que Guillermo Morón con esta novela parecería volver por los fueros del criollismo, de un criollismo, claro está, diferente en recursos técnicos, más viril y audaz que aquél de principios de siglo, pero hondamente afincado en lo más bello y noble de la tierra venezolana.

Pero si no hay maíz no hay arepa. El conuco se queda solo sin el maíz. El fuego del fogón, aunque no se tenga leña sino chamizas, espera por el maíz. Las ollas sin maíz no son ollas. Para poder vivir es necesario el maíz. Para hacer chicha el maíz tiene que existir. Si te vas para la guerra, como antes que todos los días nos reclutaban, debes llevarte unas arepas y una marusa de maíz. Para comer cachapas no puedes sin maíz tierno. Los jojotos se asan cuando todavía el maíz no se ha secado. También se comen jojotos sancochados. Y cuando llega el sol del mediodía y estás en el conuco y ya hay cosecha sin cosechar, te comes un jojoto crudo y se te quita la sed y el hambre. El conuco de maíz es la guerra y también es esta quietud de muertos en Arenales desde cuando el Benemérito se encargó de la paz, del orden y del trabajo, hace muchos años, tantos que ya nadie se acuerda de eso en ninguna parte. Sin maíz no hay caballos, ni burros, ni mulas. Si no tenéis un maicito no podéis tener una gallinita porque las lombricitas y las cagaditas de pájaro no es suficiente para que viva Sinforsita. Yo creo que lo que tenemos por dentro para vivir está hecho de maíz, el calor, el frío, las ganas de acostarse con una de las mujeres del pueblo o del campo o de cualquier parte, para hablar y para cagar, si sos guapo o cobarde, la guapura viene de comer maíz blanco, la cobardía viene de comer maíz amarillo, la lindura de las mujeres es puro maíz cariacó, maíz que se da entre los maíces blancos y amarillos, si se tuesta el maíz se hace arifuco, tostado y molido el maíz con panela rallada, se le puede agregar queso rallado, entonces rinde para darle de comer a los muchachos, arifuco con agua, porque la leche es para los ricos, arifuco con leche comen en Cuicas los Morello, los Mendoza, los Pifano, los Fontana y creo que don Morón, cuando era rico, en Cuicas y aquí en Arenales, hacía que María Antonia, la mamá de María Pérez, les diera a sus muchachos arifuco con leche, (163-64).